

JUNTA PERMANENTE PRO CAUSA DEL PADRE BILLINI

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

EL PADRE BILLINI  
y  
EUGENIO M. DE HOSTOS

EDITORA MONTALVO  
CIUDAD TRUJILLO  
SANTO DOMINGO, R. D.  
1941



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia



JUNTA PERMANENTE PRO CAUSA DEL PADRE BILLINI

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

EL PADRE BILLINI  
y  
EUGENIO M. DE HOSTOS

EDITORA MONTALVO  
CIUDAD TRUJILLO  
SANTO DOMINGO, R. D.  
1941



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia



**A**LGO del aspérrimo Las Casas había en el misericordioso Sacerdote, gloria de la caridad y de la fe cristianas, cielo extendido sobre los infortunios terrenales, a quien la devoción de los dominicanos señala con el sencillo nombre de Padre Billini.

Algo del Padre Las Casas había en aquel invencible espíritu de luchador, de fervoroso Ministro de la Iglesia, de vehemente hacedor de obras de piedad y de filantropía, de beatífico amparador de desvalidos, de indesmayable educador.

Pero si Las Casas jamás cedía frente a los sabios argumentos de Sepúlveda, en sus terribles pependencias contra su propia patria; si su palabra jamás se despojaba de las violentas ráfagas del anatema, el Padre Billini dominaba al fin el oleaje de sus intemperancias, y se acogía serenamente, con espontaneidad pasmosa, al triunfo de la verdad. Tal es la distancia que hay entre el Apóstol de los Indios y el Apóstol de los Desamparados. Esa es la actitud en que Billini aparece frente a Hostos; nó la que propalan los maldicientes.

Corría el año de 1879 cuando Eugenio María de Hostos llegó a la República, que ya conocía desde 1875. Al siguiente año se abrían, promisoramente, las puertas de la Escuela Normal; se proclamaban las excelencias de los nuevos métodos educativos del Maestro y se condenaban, como retrasados y caducos, los viejos métodos en boga en las demás escuelas. En el nuevo sistema no entraban los dogmas de la religión: imperaba el carácter científico de la enseñanza, con desasimiento de todo lo ajeno a los nuevos principios que eran esencia del normalismo.

¿No era ello suficiente para que la escuela, que luego sería llamada **escuela sin Dios**, promoviera alarmas en las demás



escuelas, tildadas de caducas, y en los celosos hombres de la Iglesia?

La reacción, justa o injusta, era de esperarse. Y como el Padre Billini, Rector y alma del Colegio de San Luis Gonzaga, iglesia y asilo, taller y escuela al mismo tiempo, era a la vez educador y sacerdote, no fué extraño que él encarnara entonces la oposición a los métodos del reformador.

En 1881, cuando las aulas de la Normal ya estaban convertidas en fragua de ciudadanos, el señor Hostos hizo circular las **Instrucciones** en que exponía sus principios pedagógicos, sometidas, por el Ministro de Instrucción Pública, Grullón, al estudio de cuantos podían hacer alguna luz en la materia.

Entre los escasos opositores a las doctrinas de Hostos se distinguió entonces el Padre Billini. El ardoroso filántropo defendía, como ya lo había hecho don Isaías Franco, la llamada **educación clásica**, y a la vez se rebelaba contra algo que tocaba a sus propios sentimientos de Rector de un instituto docente: contra la afirmación popular de que la instrucción pública, hasta la llegada de Hostos, *yacía estancada, en cuanto a métodos*.

Pero el Padre Billini, no obstante la fuerza de encendida pasión que animaba sus actos, no era hombre de armas desleales; y en su honrada impugnación de Hostos, que dió a la estampa con el título de **Los Frutos de la Normal**, combatía al Maestro y a la vez declaraba estar presto a rectificar sus opiniones, como lo haría luego, si lograba convencerse de que ellas iban por errado sendero. *¡Cuánto celebraría—exclamaba—reconocer que me equivoco, andando los tiempos! Porque no se trata aquí de emulaciones mezquinas ni de preocupaciones de escuela.*

El piadoso sacerdote no se encerraba tercamente en sus ideas pedagógicas; ni cometía la horrenda infamia de inculcar en sus discípulos rivalidades, ni torpes odios, ni malquerencias, contra Hostos, que le habrían hecho despreciable en su propia escuela. Esa acción perversa y disolvente no cabía en semejante espíritu: bien estaba ella para otras almas menos respetuosas de las conciencias escolares.

Esa noble actitud del Padre Billini explica la actitud de sus discípulos. Y así, Gastón Deligne, que jamás tomó asiento en las aulas de la Normal, y Félix Evaristo Mejía, y Emilio C. Joubert, y tantos otros que procedían del Colegio de San Luis Gonzaga, fue-

ron de los más ardientes y decididos admiradores y colaboradores de Hostos.

Sin amarguras en el corazón, sin egoísmo ni recelo, el Padre Billini presenciaba ese espectáculo, y fué entonces, por propio impulso, con admirable entereza, camino de la Normal. ¡Este es ejemplo tan alto y tan emocionante como las obras de piedad que ostentan la gloria de su nombre!

El 28 de septiembre de 1884 se realizó, con esperanzas de redención moral y espiritual, la solemne investidura de los primeros maestros normalistas: Francisco José Peynado, Arturo Grullón, Félix Evaristo Mejía, José María Alejandro Pichardo, Agustín Fernández Pérez y Lucas Tomás Gibbes; y allí estaba, junto al Presidente de la República, el Padre Billini.

Allí estaba también, en febrero de 1886, en la investidura de la segunda legión de maestros normalistas. Si el discurso de Hostos, en 1884, juzgado por Antonio Caso como la más alta página filosófica de la América hispánica, causó intensa conmoción, el que acaba de pronunciar ahora llegaba más hondo en el espíritu del Padre Billini, porque en él exponía sus ideas morales, la exaltación de la verdad y del bien. En el corazón del Padre Billini irían cayendo, como voces del cielo, las palabras del Maestro:

*Consagrado por la educación de la verdad a la alteza natural de su destino, el hombre no es hombre si no es bueno.*

*Más alta que la verdad, objeto de razón, está la justicia, objeto de conciencia. Más alto que el sabio, vive el justo; más alta que la ciencia es la moral. El criterio más infalible para conocer si un hombre se ha desarrollado en toda la fuerza de su razón, está en su vida; si hace el mal, no es suficientemente racional. Cultivar la razón para aplicarla al mal es el crimen más odioso que comete el hombre; pero es también su mayor falta de razón.*

La última exclamación del discurso de Hostos era digna de salir de los labios, cristianamente ungidos, del absorto sacerdote:

*¡Hijos de mi alma! ¡Que la luz de la verdad os ilumine! ¡Que os eduque el espíritu del bien!*

Serenamente, como si una fuerza misteriosa le impulsara, sin vanas preocupaciones por su anterior actitud, el Padre Billini arrojó este puñado de palabras en el silencio de la asamblea:



*La Escuela Normal tiene mis simpatías y hago votos por su prosperidad. Soy decidido partidario de la enseñanza racional, y considero esta escuela como verdadera fuente de moral y de progreso. Y creed que hablo con el corazón.*

Las sensacionales afirmaciones del Padre Billini tuvieron notoria repercusión. Cedió desde entonces, considerablemente, la errada oposición a los métodos de Hostos, y el mismo ilustre sacerdote introdujo en su Colegio el sistema educativo de la Normal, llevando a su profesorado a los maestros normalistas Félix Evaristo Mejía y Lucas Tomás Gibbes.

¡Con savia de la Normal se nutrió desde entonces el Colegio de San Luis Gonzaga! Y Hostos y Billini, unidos en espíritu, continuaron hermanados en su angustioso afán de civilización y de misericordia.

Frente al férreo Ulises Heureaux, antítesis del bien y de la luz, también estaban juntos el Maestro y el Sacerdote. Ambos protestan, con la prédica y con el ejemplo, de las oscuras demasías del tirano. Billini arroja al suelo, frente a la crueldad de Lilís, la teja del Sacerdote, que llevaba en la mano desde que le fué confiada la custodia de los restos de Colón, y que en prenda de gratitud por honra tan insigne jamás volvió a cubrir su frente. Hostos, antes que fallecer de asfixia moral, toma el camino del destierro.

Por las remotas tierras glorificadas por Ercilla, en Chile y en el año de 1890, estaba Hostos, cuando recibió la amarga nueva de la muerte del Filántropo. Como crece el dolor del hijo ausente, que no tiene el consuelo de ver los ojos de ocaso de la madre moribunda, así creció la tristeza en el alma de Hostos.

La muerte de los amigos angustiaba el espíritu del Maestro, más que todo infortunio. Y entonces, como si quisiera liberarse de dolores y de lágrimas, escribía dolientes páginas. Así cuando mueren Gregorio Luperón, Paíno Pichardo, Eugenio de Marchena, Salomé Ureña. Así ahora que bajaba al sepulcro un grande hombre que tenía alta significación en su propia vida. No lo ignoraban sus discípulos, y, juntos, le hacían, en carta dolorosa, la patética reseña de la final despedida del Filántropo. ¿No hay en ello claro testimonio de cómo la juventud rodeaba a aquellos hombres, libre de todo infecundo exclusivismo?

En la contestación a sus discípulos hizo el Maestro la mejor



semblanza del Apóstol. Y antes, para ser más justo, hacía esta honrada confesión:

*Aunque yo perdí un poco el derecho de juzgar con total imparcialidad al Padre Billini, cuyo cambio en mi favor superó a la ausencia, tuve motivos para reflexionar en los méritos del buen varón, y me declaro a mi mismo que, dados el medio social y la resistencia moral que tenía que vencer, eran méritos extraordinarios... Era un verdadero hombre de su tiempo. Claro que con pasiones vivas e incentivas. Y hacía bien: si no, hasta las moscas se le hubieran a:revido. Pero, aun dentro de la pasión cabe en el hombre de bien lo que nunca en el de mal; y de ahí la superioridad de Billini sobre casi todos aquellos con quienes contendía pasionalmente. Yo lo he sentido por él, por la República y por mi, y he sentido su muerte como ausencia de uno con quien se podía contar para cosas buenas.*

En la extensa, en la aleccionadora carta a sus discípulos, hay mezcla de sus propios sentimientos y altísimos elogios del Sacerdote:

*He sentido de veras—decía—la noticia que ustedes me dan de la muerte del Padre Billini. Generalmente suelo no sentir la muerte de los hombres por ellos mismos: casi siempre la muerte es un descanso de una carga que no se sabe llevar, y que fatiga, o irrita, o desespera. En el caso del buen varón que tan apasionadamente buscaba y encontraba los medios de hacer bien, satisfaciéndose con deleite en él y en la buena fama que el hacerlo le atraía, siento la muerte del hombre por el hombre mismo: la vida estaba llena de objetivos, y el hombre la merecía y todavía no había llegado a la mitad de su tercera etapa. Además, siento por la tierra dominicana que haya muerto uno de sus mejores hijos; y siento por la República que haya caído uno de los verdaderos ciudadanos.*

*Desde el principio, aun desde aquel principio en que el buen evangelista cometió el error de desconocerme y atacarme con franqueza, lealtad y publicidad que aplaudi y agradeci; desde el principio descubrí en la personalidad del Padre Billini el lado resplandeciente: era aquella parte de su persona moral que tenía el derecho por ideal.*

*No parece que aquel hombre endeble, ensimismado, tenaz, imperioso, consagrado a dominar voluntades para hacerlas servir*



*a propósitos que tenía por buenos y que eran casi siempre buenos, pudiera dar asidero tan robusto a la santa pasión del derecho... Era un fuerte ciudadano. Lo vi tal en momentos capitales... La primera vez en que se me mostró ciudadano, la protesta del Padre Billini parecía tan temeraria, que yo mismo la condené en el primer momento... Hubo un momento, el más hermoso que se ha contado entre las horas de Quisqueya, en que coincidieron los votos del ciudadano por el establecimiento definitivo de las instituciones republicanas, y los votos del patriota por la definitiva solución del problema negro. El General Billini en la Presidencia de la República, y el Padre Billini en la dirección de la Sociedad fundada para la Defensa Nacional, simbolizaron entonces las esperanzas nacionales. La actitud del Presbítero fué digna de la fe que él inspiraba. Es singular que, teniendo como medio general de atracción los siempre coercitivos de la propaganda y la autoridad religiosa, Billini fuera, para quien desde lejos y desapasionadamente lo observara, tan liberal en su conducta y tan hombre de derecho en el fondo de su ardiente corazón. Verdad es que Billini era un hombre de deber... Tan de su deber era aquel hombre, que aquello en que parecía más contradictorio de su papel de humilde, era precisamente lo que mejor modelaba en su figura los signos y caracteres del hombre de deber. Era, decían, extraordinariamente vivo y violento en sus pasiones; y muchas veces era injusto en sus arrebatos de pasión. Mas, exceptuando las que tenían carácter personal, todas las demás fluían de una concepción, falsa o cierta, pero de una concepción de su deber. Y ¡cosa extraña! Casi siempre el esfuerzo de su deber correspondía a algún concepto de derecho. Por eso era tan vivo, tan apasionado, tan vibrante, tan resuelto siempre, y a veces tan temerario... En suma, lo he sentido. Lo he sentido como vecino, como ciudadano, como patriota y como hombre. Y ustedes han hecho bien al rendir homenaje de admiración y de respeto, al digno de respeto y de admiración.*

Así hablaba Hostos del hombre que había sido, aunque brevemente, su altivo opositor. Y antes de cerrar la hermosa epístola, la bella apología del Sacerdote, exclamaba con acentos del angustiado corazón:

*Como suspiros para el noble ido, tengo aclamaciones para ustedes. Ya se puede empezar a esperar algo de una sociedad en que un hombre como Billini tiene quien lo juzgue con justicia.*



Pensaría el Maestro, también, cómo le honrara aquel pasajero antagonismo, porque para él, águila caudal, fracaso de su vida habría sido contar sólo, entre sus opositores, al vil escarabajo; a la despreciable salamandra.

Muy cerca de la estatua del Filántropo, ahora está la del Maestro; y entre ambas se yergue la de Juan Pablo Duarte, como si alguna misteriosa divinidad, protectora de los grandes y de los buenos, quisiera hacer un solo símbolo de los símbolos que ellas representan: de Dios, de la Patria y de la Escuela.



